

SIMPLICIDAD, INGENUIDAD Y TEMPERAMENTALIDAD EN EL LENGUAJE DE SANCHO

Pilar Berrio Martín-Retortillo

Quisiera tratar en esta comunicación algunos aspectos de la expresión oral de uno de los personajes cervantinos más universales: Sancho Panza, el escudero que por merced especial de su señor puede departir con él como quisiere y ofrecernos así a los lectores del *Quijote* un ejemplo de viveza, gracia y donaire como pocos diálogos literarios.¹

Es asunto especialmente señalado por la crítica, puesto que constituye la nota más caracterizadora del lenguaje de Sancho, el vasto repertorio de refranes que jalonan su conversación.² Gracias al estudio de los mismos se puede conocer el viejo refranero y saber si perduran todavía, si han cambiado sus connotaciones, si han alterado su forma o si se han perdido por completo.

1. Faltan estudios en profundidad sobre la caracterización de Sancho y su lenguaje, pero sí son útiles para este análisis algunas monografías, capítulos sueltos de las clásicas obras cervantinas y artículos diversos. Véase principalmente:

Alonso, Dámaso, «Sancho-Quijote, Sancho-Sancho», en *Homenaje a Cervantes*, vol. II, Valencia, Mediterráneo, 1950, p. 56.

Azorín, *Los valores literarios*, Losada, 1941.

Casalduero, J., *Sentido y forma del Quijote*, Madrid, 1949.

Flores, R.M., «Sancho Panza through 375 years of continuations, imitations and criticism», Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982.

Hatzfeld, H., *El Quijote como obra de arte del lenguaje*, Madrid, Patronato del IV Centenario del Nacimiento de Cervantes, 1949.

Hendrix, W.S., «Sancho Panza and the comic types of the sixteenth century», en *Homenaje a Menéndez Pidal*, vol. I, Madrid, 1925, pp. 485-494.

Madariaga, S., *Guía del lector del Quijote*, México, 1953.

Mancing, H., «La retórica de Sancho Panza», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Venecia, 25-30 VIII 80, Bulzoni Editore, 1982.

Sletsjöe, L., *Sancho Panza, hombre de bien*, Madrid, Instituto Iberoamericano Gotemburgo, Suecia, Ínsula, 1961.

Unamuno, M., *Vida de don Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

2. En la simpática obrita editada en medio de la fiebre producida por el III Centenario del Quijote, *Refranes de Sancho Panza. Aventuras y desventuras, malicias y agudezas del escudero de don Quijote*, Madrid, López del Arco Editor, 1905, se contabilizan 156 refranes entre los proferidos por el escudero, su

Además del interés meramente filológico por estas «sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios», en palabras del más asiduo de sus receptores, los refranes de Sancho son un recurso más de Cervantes para la comicidad. Comicidad que como veremos, es si no el principal uno de los motores de la caracterización sanchesca. Desde el capítulo 19 de la Primera Parte al 71 de la Segunda, despliega ante nuestros ojos la enorme cantidad de refranes que es materia de una particular batalla entre amo y escudero, donde a veces tercian defensores de uno y otro bando,³ y que llega a excitar a don Quijote de tal modo que, arrepintiéndose de su inicial dádiva, retira el permiso de conversación a su criado. Y no es que don Quijote no ensarte también estas sentencias sino que, como corresponde a su educación y posición, sabe atinar en el momento preciso: «yo traigo los refranes a propósito, y vienen cuando los digo como anillo al dedo; pero tráelos por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; [...]».⁴

Enseñanza tras la sonrisa.

Pretende esta comunicación centrarse, sin embargo, en otras cuestiones menos divulgadas, pero no por ello menos importantes, pues coinciden con los refranes en su propósito cómico y a la vez en cierta medida pedagógico de la caracterización del habla de Sancho. No hay palabra genérica que exprese de forma conjunta estos pequeños rasgos coloquiales del personaje, pero lo significativo es enumerar los fenómenos observados y apuntar ejemplos cervantinos. Sólo así nosotros también podremos unir la enseñanza y la sonrisa de los que nos escuchan. Mi relación pues no pretende ser, porque no puede serlo, ni científica ni sistemática. Dejaré hablar a Sancho y anotaré una breve reflexión personal.

El carácter de Sancho se nos hace transparente a los lectores a través de caminos diferentes:⁵ la presentación del narrador, la opinión de otros personajes (don Quijote principalmente), la propia estimación del escudero, sus palabras, tanto escritas como orales, sus refranes.

En la primera aparición de Sancho en la novela (I, 7), el narrador nos lo retrata como un «labrador vecino [de don Quijote], *hombre de bien* —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de *muy poca sal en la molle- ra*». Comentario cervantino aparte, de esta breve descripción se derivan las dos notas caracterizadoras de la personalidad del aldeano: su escaso entendimiento y su bondadosa ingenuidad.⁶

mujer y el propio caballero, sin contar con las variantes de algunos de ellos. De las mismas características es el libro: *Compendio del Quijote (refranes y aforismos)*, Madrid, V.H. Sanz Calleja Ed. e Imp. Se contabilizan en total 251. Anterior es, sin embargo, otra obrita, *Sentencias de don Quijote y agudezas de Sancho. Máximas y pensamientos más notables contenidos en la inmortal obra de Cervantes: Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Librería de Moya y Plaza, 1986. Los refranes anotados son 96.

3. Como la duquesa en II, 34.

4. Definición de don Quijote de los refranes (II, 67).

5. Hatzfeld, en *op. cit.*, trata de tres de ellos: retrato, acción y palabra. Véase, especialmente referido a Sancho, pp. 129-133.

6. Estas notas caracterizadoras han sido comúnmente admitidas por la crítica. También ha hecho hincapié la crítica en la evolución del carácter de Sancho, que es resultado de un esfuerzo cervantino que no cuaja hasta el capítulo II, 5. Sobre ello ha sido muy esclarecedora para mí la serie de conferencias

Dentro de ese perspectivismo tan cervantino, leemos, bastante después (II, 32), la visión de don Quijote sobre su escudero:

Es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante; tiene a veces unas *simplicidades tan agudas*, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; *duda de todo, y créelo todo*; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que le levantan al cielo. Finalmente, yo no lo trocaría con otro escudero, aunque me diesen por añadidura una ciudad.

Don Quijote, afinando más, nos recalca estas dos ideas principales: Sancho es bueno pero bobo; y nos aporta una nota nueva acerca de su carácter: su temperamentalidad, su volubilidad.

Citaremos como último testimonio que corrobore lo antedicho la propia autoestima que le merece su forma de ser a nuestro personaje (II, 7): «bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis aciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la *gran capa de la simpleza mía*, siempre natural y nunca artificiosa».

Analicemos estos tres rasgos de la personalidad de Sancho pero oyéndole a él.

Sancho es simple,⁷ su natural es despejado pero sin ningunas letras: es analfabeto. ¿Cómo se manifiesta esta condición en su lenguaje? Si repasamos la obra, deteniéndonos en los abundantes pasajes en los que toma la palabra el escudero, comprobamos su simplicidad en diversos momentos, que se agrupan bajo denominaciones más genéricas. Sancho extraña expresiones de don Quijote, pues su léxico es limitado; entiende al revés, provocando la comicidad; construye falsas etimologías, que inciden en el aspecto humorístico; abomina del latín, es objeto de reprensiones constantes no sólo por parte de don Quijote sino de otros personajes letrados de la novela, como el bachiller Sansón Carrasco; su saber, que se desborda en cuentos, acertijos, adivinanzas, procede, según revela un somero análisis, de las fuentes populares: sermones, romances...

Pasemos a la ejemplificación breve de algunas de estas manifestaciones de la mentecatez de Sancho Panza. Desconoce algunos vocablos empleados por su señor, como en el siguiente diálogo entre amo y criado (II, 25):

—Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este Maese Pedro, su amo, debe tener hecho pacto, tácito o expreso, con el demonio.

pronunciadas por el Dr. Lázaro Carreter sobre el *Quijote* dentro del Curso de Didáctica de la Lengua y Literatura Española que dirige él en la Fundación Sánchez Ruipérez (27, 30 y 31 de octubre de 1989).

7. En opinión de Lázaro Carreter, «es un tonto porque tiene que servir a un loco. Sólo un tonto podría ser el criado de un loco». Lo que no hace sino seguir, modificándola un poco, la afirmación de Unamuno: «prueba más quijotismo seguir a un loco un cuerdo (!) que seguir el loco sus propias locuras» (*op. cit.*, p. 52). Pero oigamos por fin al propio Sancho: «Éste mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aún también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y sirvo» (II, 20).

—Si el patio es espeso y del demonio —dijo Sancho—, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal Maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener algún concierto con el demonio...

También, cuando le dicen que debe saber gramática, responde: «con la *grama* bien me avendría yo, pero con la *tica* ni me tiro ni me pego, porque no la entiendo».

Es corriente que Sancho entienda al revés, a la vez que saca mucho partido a las expresiones, por ejemplo, en la aventura del barco encantado, don Quijote le dice: «[...] según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe [...]» y Sancho le contesta: «[...] vuesa merced me trae por testigo de lo que se dice a una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón o meo o no sé cómo», y provoca la risa del que lo lee.

Otra constante de Sancho es confundir palabras construyendo falsas etimologías entre la indignación de su amo y la hilaridad del lector. De esto hay muchísimos ejemplos, pero nombraré sólo unos cuantos: «friscal» por «fiscal», dándole el sentido de «fresco»; dirá, en vez de «teólogo», «este mi amo es un tólogo y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro [...]», (II, 37); «tortolitas», «barberos» y «estropajos» por «trogloditas», «bárbaros» y «antropófagos» (II, 68); «litado» por «dictado» (I, 21); «caloñas» por «calumnias» (II, 2); «cirimonias» y «gasajos» por «ceremonias» y «agasajos» (II, 32); «sorbiese una duda» por «absolviese una duda» (II, 8); y muchas más: «presonajes», «encantamento», «cudicia», «endrigo», «cementerio», «voquibles», «abernuncio»,...

Copiaré un fragmento en que esto se hace más frecuente (II, 7):

—Señor, ya yo tengo relucida a mi mujer a que me deje ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme.

—Reducida' has de decir, Sancho —dijo don Quijote—, que no relucida'.

—Una o dos veces —respondió Sancho—, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me enmiende los vocablos, si es que me entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, o diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarara, entonces podrá enmendarme; que yo soy tan fócil...

—No te entiendo, Sancho —dijo luego don Quijote—, pues no sé qué quiere decir *soy tan fócil*.

—*Tan fócil* quiere decir —respondió Sancho— *soy tan así*.

—Menos te entiendo agora —replicó don Quijote.

—Pues si no me puede entender —respondió Sancho—, no sé cómo lo diga; no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo —respondió don Quijote— en ello: tú quieres decir que eres *tan dócil*, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo —dijo Sancho— que desde el emrincipio me caló y me entendió; sino que quiso turbarme, por oírme decir otras docientas patochadas.

Pero no es sólo don Quijote el que le corrige. El bachiller Sansón Carrasco también lo hace:

—Y de mí —dijo Sancho—; que también dicen que soy uno de los principales presonajes della.

—*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo —dijo Sansón.

—¿Otro reprochador de voquibles tenemos? —dijo Sancho—. Pues ándese a eso, y no acabaremos en toda la vida (II, 3).

Y en otra ocasión describe el narrador el efecto que las palabras del escudero producen en el culto bachiller, lo que nos reafirma en nuestra tesis desde otra perspectiva:

Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza; que puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora *testamento* y *codicilo* que no se pueda *revolcar*, en lugar de *testamento* y *codicilo* que no se pueda *revocar*, creyó todo lo que dél había leído, y confirmólo por *uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos*, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo [II, 7].

Como hombre de pueblo, no entiende el latín ni las palabras cultas. Lo deforma, y ahora es don Quijote el que no entiende. «Nula es retencio [...]. Retencio es que quien está en el infierno nunca sale de él». Y asegura: «No entiendo otra lengua que la mía», cuando don Quijote le salta con «quando caput dolet [...]» (II, 2).

Un buen ejemplo de esto último puede verse en el siguiente diálogo:

—Eso de erutar no entiendo —dijo Sancho.

—Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y es éste uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *erutar*, a los *regüeldos*, *erutaciones*; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

Es importante destacar cómo en aquella época el hablar intercalando ejemplos gráficos, comparaciones y pequeños chascarrillos o cuentos, distinguía a un hombre de poca cultura. Los letrados también intercalaban pequeñas narraciones o sentencias, y además, hacerlo así era considerado de buen gusto, y se valoraba la amenidad en el relato como una de las cualidades del cortesano.⁸ La diferencia estriba en que estos últimos adornaban su conversación con facecias o apotegmas sacadas de fuentes cultas tanto de autores clásicos como italianos o españoles.

La cultura popular se alimentaba de unas pocas y elementales fuentes escritas; la Biblia y otros libros religiosos, generalmente usados en sermones, romances, etc., y de la transmisión oral de leyendas, narraciones, dichos y refranes.

8. A. Prieto, *La prosa española del siglo XVI*, Madrid, Cátedra, 1986, pp. 17-48.

Sancho cuenta un cuento en la Primera Parte de la obra. Lo comienza con una fórmula típica de inicio de cuentos que ha perdurado hasta nuestros días: «Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar [...]» (I, 20). Luego, se permite una cita de un clásico, pero deformado: «[...] el principio que los antiguos dieron a sus consejas no fue así como quiera, que fue una sentencia de Catón Zonzorino, romano [...]».⁹ Sigue el cuento: «[...] en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras; el cual pastor o cabrerizo, como digo en mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico [...]». Don Quijote (y el lector) no puede sufrir semejante acumulación de frases enlazadas por pronombres relativos, lo que hace el relato doblemente largo. Pero Sancho se aferra a las costumbres de su tierra y demuestra la importancia de las transmisiones orales de padres a hijos: «De la misma manera que yo lo cuento se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos». Cae ahora en otro de los tópicos de los cuentos populares. Se autoconvierte en testigo de lo que ocurrió para dar más verosimilitud a su narración, y se justifica diciendo: «No la conocí yo; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo». Todos sabemos cuál es el final del cuento y cómo Sancho se niega a terminarlo pues su amo no ha guardado la cuenta de las cabras que pasan el río. Se cumple así otro de los tópicos de las narraciones populares: el final sorprendente y abierto.

La sabiduría popular de Sancho se refleja también en las citas de leyendas o romances antiguos, como por ejemplo: «Ni quito rey ni pongo rey, sino ayúdome a mí que soy mi señor», aludiendo a la famosa frase de Bernard de Duglescan. En otra ocasión dice Sancho: «[...] de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas, sacaron a Rodrigo para ser comido de cullebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten» (II, 33).

De nuevo los reyes godos, (II, 34):

[...] yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo que dice:

*De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.*

O el que inserta en su largo soliloquio, extraído de un romance sobre Bernardo del Carpio (II, 10):

En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que

9. Según señala Martín de Riquer en nota a su edición: «Alusión a Catón Censorino, o el censor, convertido entre el pueblo en una autoridad de refranes y dichos. No es de extrañar que Sancho cite a este autor romano pues sabido es que en las escuelas primarias se lee el *Catón*».

*Mensajero sois, amigo,
no merecéis culpa, non.*

De tema castellano, los *Siete Infantes de Lara*, proceden estos versos que cita Sancho (II, 60):

Vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme
por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,
*Aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.*

Son corrientes también los acertijos o adivinanzas, como la que propone Sancho al Primo (II, 22):

¿Sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quiénp fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

—Sí sería —respondió el Primo—; porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo —respondió Sancho—; pero dígame ahora: ¿quién fue el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano —respondió el Primo—, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos; que no ha de ser esta la postrera.

—Pues mire, señor —replicó Sancho—, no tome trabajo en esto; que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado. Sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer, cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

Todo ello revela la procedencia de la sabiduría de Sancho: la historia sagrada, los romances, las primeras letras, etc.

Otras veces, los chascarrillos son más breves, incluso no ocupan más de una línea, de los cuales hay ejemplos dispersos por toda la obra.¹⁰ Poco a poco se van engrosando los párrafos hasta producir en los oyentes risa o indignación. El colmo de estas parrafadas es el tan conocido pronunciado durante las bodas de Camacho, que merece una severísima corrección de don Quijote (véase II, 20).

Documentada, espero que consistente y no tediosamente, la simplicidad sanchesca, pasaré ahora a la segunda nota temperamental del personaje: su condición de hombre bueno,¹¹ ingenuo, fiel a su amo a pesar de que muchas veces se lleva la peor parte de la ira que provocan las locuras de su amo. Si bien se ha insistido en lo que de codicia y ambición mueve a este personaje en su andadura, o en los engaños a los que somete a su amo, y hasta el hecho de que por librarse de los azotes llega a tirar del caballo a don Quijote creo

10. Véase, por ejemplo, «nombrar la soga en casa del ahorcado», «cotufas en el golfo», «debe de andar mi honra a coche acá, cinchado, y, como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles», etc.

11. Sletsjõe titula su estudio: *Sancho Panza, hombre de bien*, y Azorín: *El buen Sancho*.

que hay que indicar con rotundidad que siempre se comporta con hombría de bien, que es generoso con las personas que sufren (galeotes, Maese Pedro, Ricote), que aprecia a su amo y que por nada del mundo le abandonaría a su suerte:

[...] digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga [II, 13].

Su ingenuidad raya a veces en la credulidad y se acerca a la locura. Éstos son algunos de los momentos en que se pasa por ingenuo. Cuando el criado de los duques, disfrazado de demonio dice: «En Dios y en mi conciencia que no reparaba en ello [...]», Sancho salta: «Sin duda que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, a no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente» (II, 34). Otro ejemplo divertido de ingenuidad, que es a la vez una declaración de su rectitud de corazón es el siguiente (II, 41):

Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, *aunque tonto, eres hombre verídico*.

—No soy verde, sino moreno —dijo Sancho—, pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra.

Por último, otro paradigma deliciosamente ingenuo del espíritu sencillo e infantil de este hombrecillo en ocasiones tan loco como su amo lo encontramos a bordo de Clavileño. Así narra su experiencia (II, 41):

Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, ¡me dio una gana de entretenerme con ellas un rato [...]!

Además de simplón y buenazo, Sancho tiene un carácter voluble.¹² Su temperamentalidad le lleva a enfadarse y a proferir tacos y maldiciones, o a dejarse llevar por el entusiasmo y comenzar a gritar o a exclamar muy contento. Voy a poner ejemplos de ambas cosas: «¡Oh hideputa, y qué cabellos; que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida!» (II, 21). Al doctor que no le deja probar bocado en la ínsula: «[...] quítense luego delante, si no, voto al sol que tome un garrote y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula [...]. Y vuelvo a decir que se me vaya, Pedro Recio, de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza [...]».

Al saber lo que ha de hacer para la resurrección de Altisidora:

¡Voto a tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro! ¡Cuerpo de mí! ¿Qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja a los bledos. Encantan a Dulci-

12. Sletsjõe estudia las contradicciones del Sancho de 1605 y 1615.

nea, y azótanme para que se desencante, muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanle de resucitar hacerme a mí veinticuatro mamonas y acribarme el cuerpo a alfilerazos, y ja acardenalarme los brazos a pellizcos! ¡esas burlas, a un cuñado; que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus! [II, 69].

Su variable expresión según sea su interlocutor también es señal de un temperamento voluble. Su facilidad para adaptarse al estilo de sus receptores es grande. Cuando habla con Teresa o con el escudero del Caballero de los Espejos, su lengua es distendida, y abunda en refranes y confusiones, pero procura esmerarse cuando se dirige a don Quijote o a los duques.

El ejemplo más conocido, por lo que evito su exposición, se desarrolla en el capítulo 5 de la Segunda Parte. En él, Sancho encumbra su expresión ante su mujer de tal manera que el narrador interrumpe su acción para extrañarse de la misma. Sancho no deja pasar por alto la única oportunidad que tiene de demostrar la retórica aprendida junto a su amo y de ser él el corrector, no el corregido.

Otro caso es la plática que sostiene con el escudero del Caballero de los Espejos, que no es otro que su compadre Tomé Cecial. Son corrientes los refranes, los vulgarismos, los malentendidos. En su afán por corregir a sus iguales para parecerse más a su señor comete equivocaciones como ésta:

Partes son ésas —respondió el del Bosque— no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!

A lo que respondió Sancho algo mohíno: —Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo mientras yo viviere. Y hablese más comedidamente; que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

—¡Oh, que mal se le entiende a vuesa merced —replicó el del Bosque— de achaque de alabanzas, señor escudero! ¿Cómo y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: *oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho* y aquello que parece vituperio, en aquel término es alabanza notable?

Y cuando no procura sentar cátedra, el mismo Sancho cae en aquello que corrige:

—¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

—¿Veis ahí cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa?

Y Sancho cambia rápidamente de tema cuando le han pillado en su prurito de corregidor.

Ejemplos de mejoramiento del lenguaje de Sancho tenemos varios. Es paradigmático este párrafo (II, 30):

Hermosa señora, aquel caballero que allí parece, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Caballero de los Leones, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí a decir a vuestra grandeza sea servida de darle

licencia para que, con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársele vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

Vemos entre otras cosas los desusados tratamientos que dirige a la duquesa, a quien en otra ocasión llamará: «vuestra santidad» (II, 31).

Además de éste, hay muchos otros ejemplos¹³ en los que Sancho habla como discreto no sólo en cuanto al pensamiento sino, correspondiéndose, también en cuanto a la forma. Merece por ello la aprobación del que siempre ha vigilado su lenguaje. La razón de esta nueva manera de hablar del escudero nos la da él mismo: «como la conversación de vuesa merced ha sido estéril que sobre la estéril de mi seco ingenio ha caído, la cultivación, el tiempo que le sirvo y comunico [...] espero de dar frutos de mí que sean bendición».

Pero dejemos hablar a Sancho consigo mismo, no tendrá a nadie a quien imitar y nos encontraremos con su lengua más auténtica:

Sepamos agora, Sancho hermano adónde va vuesa merced, ¿va a buscar a algún jumento que se le haya perdido? —No, por cierto. —Pues ¿qué va a buscar? como quien no dice nada, va a buscar a una princesa, y en ella al sol de la hermosa y a todo el cielo junto. —Y ¿adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? —¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. —Y bien; ¿de parte de quién le vais a buscar? —De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desfaze los entuertos y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre [...]:

Y así continúa en un interesante desdoblamiento en el cual se va preguntando a sí mismo dando a la vez la respuesta intentando salir del entuerto en que una vez más se ve metido. No faltan posteriormente los chascarrillos y expresiones malsonantes:

[...] Vive Dios que si os huele, que os mando mala aventura. —¡Oxte, puto! ¡Allá darás, rayo! ¡No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno! Y más, que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Rávena, o al bachiller en Salamanca. ¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto; que no otro! [II, 10].

Hemos intentado ilustrar, con siempre insuficientes ejemplos, las notas caracterizadoras del personaje a través de su expresión oral. Hemos dejado muchas cosas en el aire, pero mi comunicación, como los parlamentos de Sancho, empezaba a engrosarse demasiado. Podía haber hablado de las curiosas palabras compuestas por Sancho, de sus murmuraciones o palabras entre dientes y de muchas cosas más, pues este personaje es como un pozo sin fondo, lleno de vida hecha palabra, representante en la literatura universal de la cultura popular.

13. Copiaré este ejemplo por su perfecta retórica (II, 68): «[...] y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto». Véase, también, II, 66.